

Desde París

Un día, cierto "menor de treinta años", compositor de amables melodías y de obras diversas concebidas en el estilo de los que actualmente pretenden hacerse los maliciosos oponiendo acordes mayores y cadencias perfectas a la profunda revolución traída de la Rusia primitiva, por el eslavo Stravinsky,—Maxime Jacob—declaró que Honegger "se inspiraba en todo lo que descompone nuestra existencia, desde los patines hasta las locomotoras"... "¡Soy anti-moderno!", clamaba el mozo, que se disponía entonces a escribir una ópera sobre un libreto de Sedaine, ya utilizado por Monsigny, en el siglo XVIII.

—¡Ah! ¡Ahora me van a echar en cara mi afición por los deportes y las máquinas rodantes!—exclamó Honegger. —Es posible que los patines, las locomotoras y el rugby descompongan la existencia de los que sólo tienen nervios para pasear en sillas de postas. Pero no por ello dejarán estos elementos de ser "hechos" de la vida de nuestra época. En nombre de cierto snobismo de nueva cosecha, puede aceptarse con una mueca de superioridad el término de "modernidad". Pero no por ello dejará de existir un problema de modernidad. Declararse antimoderno equivale a decir que no se sabe vivir con la época presente. Y, en arte, esa inadaptabilidad, lejos de ser sinónimo de espíritu revolucionario, denota la más dolorosa impotencia... Yo, por mi parte, no he sentido jamás la necesidad de regresar al pasado...

Algún tiempo más tarde, Maxime Jacob ingresaba en las órdenes monásticas—único refugio posible para inadaptados de su especie. Y mientras sonaban las campanas de su monasterio, en el primer domingo de su existencia religiosa, Arthur Honegger se desgañitaba de entusiasmo, en el Estadio de Colombes, ante el juego sensacional de los equipos de foot-ball "Francia" y "Alemania" (Anotación: 1 a 0).



Arthur Honegger y su pipa proverbial; su esposa, la pianista y violinista Andrée Varabourg, y Jean Cocteau, quien oficia de pianista.

questa en tonos de acero, el hervor de sus líneas paralelas en movimiento, lo emparentan mucho más con Hindemith o Alban Berg, que con su compatriota Milhaud, por ejemplo... Durante mucho tiempo, Honegger se nos mostró como el compositor menos alado, menos riñe, de la escuela francesa. (¿Puede haber algo más sombrío, más severo que su *Cuarteto de cuerdas*?)

Sin embargo es siempre aventurado juzgar las posibilidades de un creador fuerte por el aspecto general de una época de su producción.

Hace un año todavía, nadie se hubiera atrevido a creer que la música de Honegger pudiera ser alguna vez sinónimo de ligereza y de gracia. Hemos oído la grave partitura de *Fedra*, entonces última obra del compositor. Sabíamos que su *Antígona*—con coros de una grandeza y brutalidad insólitas—había promovido un memorable escándalo en Essen... Pero no sospechábamos que un propósito inesperado había anclado en el cerebro del músico.

Una noche, los azares de una sobremesa que reunió a Honegger con Maurice Yvain—autor de *Mon homme*—me permitieron vislumbrar ese proyecto, que en aquellos días sólo se insinuaba tal vez en la mente del artista bajo forma de preocupación técnica: problema por vencer.

Honegger fumaba pipa tras pipa. Se habló—¡naturalmente!—de la última obra de Stravinsky. Se evocaron momentos vividos en la clase de contrapunto en que Yvain había sido discípulo del autor de *Pacific*. De pronto, el creador de música austera, preguntó al creador de música alegre:

—¿Y usted, Maurice, cuándo se decide a darnos una obra sinfónica, reveladora de su talento? Porque no olvido que, antes de escribir *Es mi hombre*, era usted uno de los armonistas más fuertes de nuestro grupo.

Maurice Yvain.—¿Una obra sinfónica?... He pensado en ello. Pero ya me imagino cuál sería el comentario de muchos compositores, de los críticos... y del público: "Yvain, después de hacerse rico con sus engendros de music-hall, habrá costado algún negro anónimo para que le escriba una obra seria"... ¡Los éxitos raciales dan mala fama, Arturo!

Honegger.—Le aseguro que una obra suya sería acogida siempre con simpatía.

Maurice Yvain.—No; el pecado de escribir música para mujeres desnudas se paga caro.

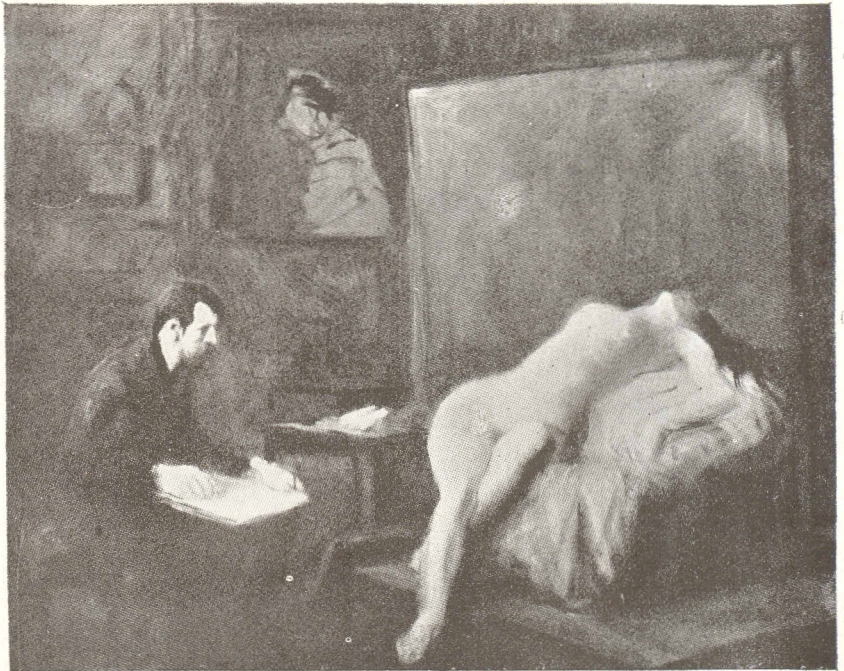
Arthur Honegger y el Rey Pausole

Honegger.—¿A qué llama usted "música para mujeres desnudas"? ¿Se refiere a sus operetas?... ¿Cree usted que no siento mucho más placer en escuchar su música frívola que en padecer concepciones nobles y soporíferas en un concierto de orquesta? Querido amigo: yo estimo que hace falta tanto talento para escribir un buen acto de opereta, como para lograr un buen tiempo de sinfonía.

Maurice Yvain sonrió en sordina. Honegger encendió otra pipa: su proyecto se iba cristalizando. Ya, años antes, Darius Milhaud había estrenado con Coc-teau una opereta en los Ballets Rusos. Actualmente, Georges Aurie preparaba una opereta en que no podía tenerse gran fe... "El público me toma por un señor trágico, por una suerte de *robot* musical, que sólo sabe andar en locomotora y en patines—pensó tal vez, en aquellos instantes, el compositor. Las mujeres desnudas en las tablas forman parte del espectáculo de nuestra época, como el deporte y las máquinas. Voy a demostrar que yo también sé escribir música para mujeres desnudas"...

□

De acuerdo con los envidiables estatutos fijados por Pierre Louys, en el feudo del buen rey Pausole, las mujeres bonitas estaban eximidas del uso del vestido. Por ello Arthur Honegger plantó su pabellón en esa región maravillosa, para ofrecernos su primer ensayo de música ligera. Y si *Rugby* fué un "goal" brillantemente logrado, si *Pacífico 231* corrió por las carrileras sinfónicas del mundo entero, la opereta llevada por el maestro al escenario de "Les Bouffes Parisiennes", se instaló en le cartel del teatro frívolo con tal autoridad, que el ciclo de éxitos prolongado de modo



LA MODELO

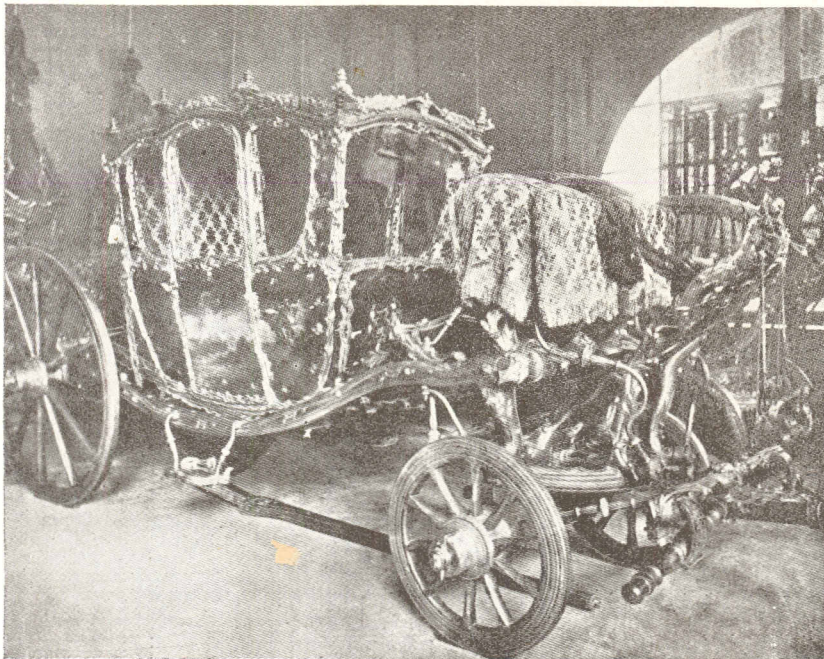
uno de los lienzos más célebres de Forain, el maestro francés.

respetable por doscientas representaciones consecutivas, no parece próximo a cerrarse. ¡No era poca la elasticidad necesaria para saltar de *Judith*, o de la reciente *Sinfonía*, a los "números" de *Las aventuras del rey Pausole!*... Sin embargo, Honegger ha salvado el escollo con elegancia admirable. Su partitura es fina, directa, riente. Y, sobre todo, nada intelectual. Aparte de un aria que caricaturiza la balada del "Rey de Thulé" de Fausto, y de un septimino que resulta tal vez demasiado bien escrito, su música tiene todos los elementos necesarios para llegar a todos los públicos, sin incurrir en vulgaridades. La gran tradición francesa de compositores de opereta que sabían el contrapunto—Offenbach, Terrasse, Messager—se ve enriquecida por una obra perfecta en su género. Donde fracasó un Georges Aurie, ironista por vocación, triunfó Honegger, de quien sólo hubiéramos esperado carcajadas con patas de elefante.

Antes, cuando Arthur Honegger atravesaba alguna encrucijada céntrica, en su automóvil de carrera rojo, sólo el público de los conciertos reconocía en él al gran animador de fuerzas sonoras; hoy, cuando aparece por la Place Pigalle, a media noche, vistiendo su inseparable gabán de cuero, los noctámbulos se vuelven con admiración. ¡Paso al autor de *Las aventuras del Rey Pausole!*

El triunfo de su opereta—cuya concepción obedeció tal vez a una secreta razón de amor propio,—no aleja a Honegger de la música seria. El artista sigue trabajando en otras obras de mayor aliento.

Alejo CARPENTIER.



CARROZA

de gala de Luis XV, suntuoso y lento vehículo que se conserva como una cara reliquia en el Museo de París.